

Leyendas de amor y muerte

NARRACIÓN HISTÓRICA



Edilesa/NARRATIVA

Ara Antón

Dirección editorial:
Vicente Pastor

Dirección de arte:
Vicente Pastor y Joaquín Alegre

Dibujos:
Luis Frechilla

AraAntón

© Edilesa, 2001

Camino Cuesta Luzar, s/ n - 24010 Trobajo del Camino. León (España)
Teléfono: 987 800 905 - Fax 987 840 028

I.S.B.N.: 84-8012-369-9
Depósito Legal: LE-1.799-2001
Preimpresión.- LetterMAC
Impreso en España

Quedan reservados todos los derechos;
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier
medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros
métodos, sin el permiso previo y escrito del titular del copyright.

SUMARIO

LOS REYES SÓLO PUEDEN SER REYES

EL TESORO Y LA CALAVERA

LA CABEZA DE PIEDRA

EL EMPLAZADO

LAS OSCURAS LLAMADAS

LOS RECUERDOS DEL LAGO

LA SALIDA INTERIOR

LA MURALLA Y EL FUEGO

LA MUJER MUERTA

EL VASO SAGRADO

AGUAS DEL ASTURA

LOS REYES SÓLO PUEDEN SER REYES

Algunos de vosotros, los que conocéis Luna, ya habréis oído estos hechos, porque, aunque los montañeses son sufridos y parcos, no han podido olvidar los lastimeros ayes que salían de las mazmorras de la fortaleza, inundando todo el Valle. Y, de padres a hijos, lo han transmitido cada vez que en la noche el viento parece recordar aquel dolor.

Cuentan los lugareños que en el castillo tantas cosas han ocurrido, que es preferible no pasar cerca de él después de la puesta de sol, pues es entonces cuando los recuerdos rebotan en las paredes y el horror revive. Fue aquel un lugar donde los hombres se mataron durante cientos de años. Aun antes de las evocaciones de los más antiguos, cuando se construyeron los caminos de piedra, ya vivían y morían gentes defendiendo sus muros. Dicen que tanta sangre y llanto marcan la tierra. Por eso, aseguran, el castillo estará eternamente maldito y siempre habrá alguien vertiendo lágrimas sobre sus muros, hasta que no quede piedra sobre piedra y las aguas desgasten por completo la roca que lo sustenta.

En el tiempo en que ocurrió esta historia, gobernaba desde las Asturias un rey bueno y justo, llamado Alonso. Tenía este monarca una bella hermana, nombrada Ximena, a la que adoraba y para cuyo porvenir había hecho grandes proyectos. Pero todos sabéis que el amor llega a veces sin

anunciarse y eso le ocurrió a la infantina, que se enamoró ciegamente de un caballero de su hermano, de nombre San Díaz, con el que ambos habían vivido y al que ella misma ciñó espada. Su amor, por ser imposible, creció desesperado y, en un acto de ceguera, unieron sus vidas ante Dios, creyendo que el rey se compadecería de ellos, cuando le ofrecieran hechos consumados.

Era el dicho San Díaz noble y valiente, siempre dispuesto a servir a su señor, al que amaba profundamente, siendo correspondido en igual manera por el monarca, quien le había colocado muy por encima de otros magnates, que envidiaban su suerte. Destacaba entre estos Nuño de Arlanza, el cual había tenido diferencias con San, al que odiaba. Constantemente buscaba pendencia, en unión de otros dos, Tribaldo y Arias Mendo, pretendiendo la ruina del conde.

Una noche lo siguieron hasta verlo desaparecer por un pequeño postigo del palacio. Aquello les intrigó y se dedicaron a espiar al caballero en todo momento. En pocos días llegaron a comprender lo ocurrido, pues ciega debía de estar toda la corte, que no había visto las desmayadas pestañas de Ximena fijadas en los amantes ojos de San. Tramaron entonces la conjura y, aprovechando una guardia en la que vigilaban el palacio las gentes de Nuño, llegó éste junto a las espaldas del conde cuando, gozoso, acudía a su cita. El instinto avisó a San, quien, sin tiempo para desenfundar la espada, hundió su daga en el pecho del agresor. Arribaron entonces Tribaldo y Arias, acusando a grandes voces al amante del asesinato de su compinche.

Lloró el rey por su amigo. Pero antes de amigo era rey y convocó a los magnates a resolver el litigio.

-Defiéndete San, mi hermano. Defiéndete ante mi corte de los males que te acusan estos dos buenos señores.

-No son buenos, mi señor. Lo único que pretenden, al

igual que el que ya ha muerto, es ganar vuestros honores y lograr mi perdición.

-Pero, ¿qué me dices, deudo? Sabe que Nuño anoche guardaba el honor de mi casa. ¿Por qué, si alguna querella surgió en vosotros, no la dirimisteis a espada, que es propio de caballeros, que no en dagas traicioneras?

-Fui atacado, mi señor. No hube tiempo de empuñar la espada de vuestro padre, que tanta gloria me ha dado. Y, ahora que lo pienso, rey, no habría querido mancharla con sangre tan desleal, que es un digno acero hecho para más altas empresas de servicio y de nobleza.

-Miente, señor -dicen ambos amigos del muerto-. Miente. Que quiso tapan la boca y los ojos que le vieron entrar en palacio a mancillar el más alto honor del reino.

La infanta, con un ahogado suspiro, se desploma en brazos de sus dueñas. San, olvidándolo todo, corre junto a la amada, intentando acercársele. El rey hace un gesto y los hombres de su guardia sujetan al conde, apartándolo del cuerpo de Ximena, a la que sus gentes se llevan del salón. La ira del monarca hace desaparecer sus labios y casi juntar sus ojos.

-Dime vasallo -brama- que es mentira lo que entiendo y que no has osado mirar siquiera a lo que yo más quería y que guardaba para que por siempre fuera honra de mi casa y nombre.

-Señor, espera -dice San Díaz, hincando rodilla en tierra-. Si el amor es mal, mal he hecho. Castígame por amar, pero no por mancillar tu sangre, que si mi mano he puesto sobre tu hermana, no fue antes de que Dios bendijera nuestra unión.

-Miente, mi rey. Miente y miente -pateaban los traidores.

-No miente -se adelantó el buen fraile, quien, tembloroso de miedo, había unido una noche los apasionados amores,

por temer mayor pecado.

-Callad -gritó el rey, desencajado-. Callaos todos e idos, que no puedo soportar la vista de tantas gentes, ni escuchar tanto desmán.

Pasaron varios días y el palacio callaba. Nadie pudo ver al rey. Sólo había quien contaba que, en las largas noches, se oían quejas y suspiros, que unos decían masculinos y otros aseguraban pertenecer a la infanta. Tierras y hombres esperaban, detenidos, a que el dolor del monarca se hiciera voluntad. San paseaba su pesar entre los suyos, que no se atrevían a mirarlo siquiera. El noble vasallo aguardaba la decisión real, fiado del amor. Pero no sabía él, que los reyes sólo pueden ser reyes.

La mañana del cuarto día amaneció oscura y triste. Los cielos amenazaban tormentas y el sonido de algunos truenos lejanos empavorecía el ánimo. Un enviado de Alonso llegó a las tiendas, buscando al enamorado, que se apresuró a acudir presto al llamado. Cabalga agitado, pero deseoso de saber, por fin, cual será el castigo que deba cumplir, para, en un futuro, volver a su esposa, pues está seguro de que el afecto del monarca le salvará

¡Ah, pobre caballero! No sabe él que los reyes sólo pueden ser reyes.

La oscuridad de la mañana está también en el salón del trono, hasta el punto de que ha sido preciso iluminar la estancia con antorchas. Las sombras de los caballeros se alargan por las piedras, rodeando el sitio del monarca. Un pesado silencio, roto sólo de tiempo en tiempo por los lejanos truenos, se pega a los hombros, hundiéndolos. San camina por el salón, con los ojos fijos en la figura real, que no le mira.

-Señor -saluda-. Estoy aquí para recibir tu castigo.

-Olvida el dolor por unos días -contesta despacio el rey-. Aquí tienes un mensaje para el señor de Luna, que urge llegue a sus manos y tú eres el más indicado para ello. Ve allá y luego será el castigo.

San Díaz queda un poco indeciso. Toma de las manos de un escudero el pergamino lacrado y, mecánicamente, lo guarda en su pecho. El contacto del escrito parece quemar. Mueve los hombros para acomodarlo y titubea.

-¿ Es todo, mi señor?

-Sí. Ve -contesta la voz sin tonos del rey.

Sale el caballero trastabillando casi. Tal ha sido la impresión que el asunto le ha producido. Luego, enseguida se endereza y piensa que es suerte, que el monarca ha querido con este gesto hacerle responsable, como siempre, de sus problemas más importantes, decirle que lo perdona y que sólo necesita tiempo para olvidar. Por eso lo envía lejos. Mientras cumple su recado, transcurrirán varios días y, cuando vuelva, todo habrá pasado. Los últimos pasos dentro del salón los recorre rápido y alegre; no se vuelve a mirar las lágrimas que se deslizan por el rostro de piedra de Alonso.

Deja atrás las humedades astures y, subiendo siempre, entra en dulces valles, verdes y soleados. Los animales ruminan tranquilos y los hombres los pastorean callados y pensativos. Los perros que los guardan, hermosos mastines, de engañosa mansedumbre, levantan la gran cabeza al paso del magnate; husmean el aire y gruñen en tonos tan tristes, que sus amos palmean los poderosos pechos para tranquilizarlos. Es casi anochecido. Un zagal generoso ofrece albergue a San en su chozo. Cena el caballero sabroso guiso de cordero y queso prieto y fuerte.

-No está lejano el castillo -asegura el rústico-. Pero, como

sabéis, aún debéis atravesar vericuetos, que no son para hacerlos de noche.

El buen hombre habla y habla, resarciendo su soledad de meses. Cuenta su vida, la de sus ganados, que tienen nombre, la de su tierra... Y aquí surgen las consejas, las creencias, los misterios que le cercan

Duerme el pastor. El conde, desasosegado, pasea bajo las estrellas. Un gran roble centenario parece llamarlo en la lejanía. Lentamente, sin dejar de mirar la belleza de sus ramas poderosas, San se acerca. Pone la mano sobre el tronco áspero y apoya la frente. Ve a su infanta, tierna, cálida, con los brazos extendidos, prometiendo su regazo, y el caballero suda de angustia sobre la corteza sabia. Una presencia le turba. Se vuelve con el brazo armado y halla ante sí un anciano de blanca túnica y blancas barbas, que lo mira compasivo, sujetando su cayado.

-No os asustéis de mí, que aunque males os anuncio, conmigo no los traigo.

-¿A estas horas de la noche camináis, anciano, estos montes?

-Yo ya no camino, amigo. Sólo amo. Y por ese amor que tengo os aviso. No detengáis vuestra senda. Idos más allá del reino a buscar mejor espacio.

-Pero, yo ... no puedo ... Me habláis de amor y dos tengo. El de mi esposa y mi rey. Ambos no me dejarán ir lejos.

-He cumplido mi misión -dijo el viejo, volviéndose-. Pensad bajo las estrellas y tomad la decisión que a vuestro gusto convenga.

El conde lo vio alejarse trocha arriba, pero pronto notó que seguía con la mano y la frente apoyadas en el roble. Se apartó, dudando de su cordura.

-Cansancio debe de ser -murmuró para sí, al no ver rastro del anciano en el camino que ascendía monte arriba-. Me

tumbaré y el amanecer me traerá la sensatez.

El pastor comenzó el día, atendiendo sus quehaceres. Todavía quedaba alguna estrella, cuando se acercó al durmiente, portando un cuenco de leche, tibia aún, con los aromas de la vida para la que fue creada. La sorbió el caballero, dudando de su experiencia nocturna y sin saber si debía consultarlo o no con el ovejero, quien ahora le ofrecía cuajada endulzada con miel. “Tal vez -pensaba-, el anciano sea un eremita que viva cerca de aquí ... O, por el contrario, ha sido un sueño mío y este hombre me tomará por loco...” Decidió callar, seguro de que todo fuera producto de su imaginación, caldeada en la noche por las consejas de su generoso anfitrión, el cual ahora apenas hablaba, preparándose sin duda para muchos otros días de soledad.

-Tomad la vereda que parte del gran roble, junto a la fuentina. Cuando coronéis la cima, si ya ha amanecido, distinguireis, más allá del valle, la montaña del castillo. Id con Dios, caballero.

-Que Él te acompañe, amigo.

Se separaron los hombres. El pastor, seguro y preciso; el hidalgo, dudoso. Hasta parecía que el animal se negara a tomar la trocha por la que San había creído ver al anciano. El conde acarició el poderoso cuello y habló con dulzura.

-Vamos, compañero. A peores lugares me has llevado y de más peligrosas empresas me sacaste. Iremos a la fortaleza, dejaremos el mandado y, en cuanto descanses, volveremos y mi amada será tu señora y mis hijos serán para ti liviana carga y correremos la caza en el monte y la morisma en los valles y haremos juegos de armas y paseos por los bosques y ella, mi única dueña, estará con nosotros y mantendrá nuestra casa y ennoblecerá mi nombre...

El animal, tranquilizado, sube hacia la cumbre, mientras el conde sueña.

Acabada la ascensión, San busca, entre jirones de niebla y tonos rosados, el castillo. Más de una vez ha viajado con el rey hasta él, pero nunca como hoy le parece tan siniestro. La roca que lo sustenta se alarga por sus muros, desdibujando almenas y barbacanas. La soberbia y tenacidad de los hombres han tallado la piedra hasta conseguir salones, torres, patios y mazmorras. La fortaleza es inexpugnable. Los sarracenos se han estrellado contra ella en más de una ocasión, sin conseguir rendirla. Y antes de los moros, cuentan que los hombres ingenieros, de capas rojas y blancas túnicas, libraron allí batallas interminables contra sus ariscos y montaraces defensores.

El noble bruto comienza el descenso al valle, buscando el agua que espejea entre chopos. El hombre se abandona y le permite que se acerque al río. Ya en la orilla, mientras el caballo bebe, él, desde abajo ahora, no deja de mirar con miedo las altísimas torres, de espaldas al sol.

-Mirad, mirad, caballero -dice una dulce voz en el canto del líquido que salta entre las piedras.

San se vuelve y busca a quien le habla. Una bellísima mujer, de sorprendentes ojos verdes y largos cabellos rojizos, lo contempla desde el cauce, sobre una roca. Sus vestidos, negros como los miedos, ondean suavemente, pegándose a su cuerpo.

-Señora -se inclina el hombre-. ¿Sois acaso del castillo o andáis perdida en los bosques?

-Todo es cierto y nada es verdad absoluta -contesta ella-. Pero no perdáis los pocos minutos que os restan en querer saber arcanos del espacio y del tiempo. Tomad vuestro animal y alejaos de estos montes. Explorad las tierras llanas, porque sólo el desierto os dará la vida.

-Pero, señora. ¿Qué queréis decirme? En estos valles está la fertilidad. Más allá no hay más que piedras y sol. No pue-

de haber vida.

-¡Oh, San, San! ¡ Qué necio me parecéis! Sabed que las cosas, las tierras y las gentes, no son lo que asemejan, sino aquello que queremos que sean. Hacedme caso. Para vos, el páramo es el futuro.

-¿Y mi esposa? ¿Y mi rey? ¿Y mi nombre? ¿Y mi honra?

La mujer alargó el brazo y, aunque no le tocó, el caballero habría jurado que sintió su caricia en los párpados. Luego, sólo el brillo y el canto de las aguas quedaron en el valle. El hombre sacudió la cabeza y tomó las riendas, con el ánimo encogido, pero más decidido que nunca a cumplir su destino. Dejó el río y, poco a poco, sin forzar el caballo, fue subiendo al castillo.

-¡Bajad el puente! ¡Alzad el rastrillo! -las voces de los centinelas se alargan entre los montes.

-San, amigo -saluda el alcaide de Luna, alegre de recibirlo.

-Traigo nuevas del rey, hermano. Aquí os las entrego para que os apresuréis a cumplirlas.

El magnate rompe los sellos y su alegre sonrisa de bienvenida muere, para dar paso a una máscara de estupefacción y dolor.

“ ... En fierros fuertemente pondréis al caballero...”

“ ... Habredes de arrancarle, si non así le habíen, los ojos de la cara...”

-¡Dios me asista, buen San! ¿Qué mal me traes, amigo? ¿Por que he de ser yo el verdugo elegido?

El bramido ronco de San Díaz hace estremecer el río, tan acostumbrado a dolores y gritos.

Ya se oyen cadenas en silencios malditos. Los hombres caminan cabizbajos y hasta el último siervo llora por el desgraciado y trata de dulcificar su encierro. En las cocinas se escoge el mejor pedazo de carne, la jarra del mejor vino.

Las mujeres tejen lanas que avíen sus fríos. Detrás de las rejas le cuentan noticias: su esposa, cuidada por las monjas que la guardan, ha dado a luz un hermoso varón, al que ha puesto por nombre Bernardo. “No sufráis, buen conde, que el niño esta junto al rey, crecerá pronto y os librárá de hierros y os traerá la esperanza”.

Pasan los años y el viento se lleva el quejido del cautivo, que duda ya del amor y de la sangre.

-Sabed, buen San -susurra una mujer junto a los muros-, que el niño ya es hombre y que es la gloria del reino, y que es su brazo esforzado castigo del moro en toda tierra, y que Alonso lo adora, y los hombres lo temen, y las mujeres lo aman ... y que un día sabrá lo vuestro...

Suar Velázquez y Velasco Méndez, deciden informar a Bernardo de su origen, dolidos de amor por él y su casta. El joven se acerca a su tío e implora primero, luego, exige. Pero Alonso, cautivo él también de su corona, no puede ceder.

-Si no me das la libertad de mi padre, me iré de tus reinos -presiona el muchacho, seguro del amor del monarca. Pero, al igual que su progenitor, Bernardo no sabe que los reyes sólo pueden ser reyes y, aunque sea con lagrimas, el Casto le deja marchar.

Amanece un oscuro día en las Asturias. Las nubes cubren el cielo y se desprenden con suavidad. Contemplan las gentes el triste cortejo, que echa a andar camino del desierto. Hacia el sur van. No saben adonde; sólo que piden justicia, o perdón, o guerra...

Llegados a tierras de León, Bernardo busca el Luna y, en verbal forcejeo, vence los “No puedo...”, “No debo...”, del alcaide, y la siniestra fortaleza se le abre, chirriando. Abrazos,

lagrimas, promesas...

-Os llevare junto a mi madre. Os lo juro, señor. Ella os espera y yo os uniré, aunque para ello tenga que parar el tiempo, alcanzar el sol, inundar los valles o perder mi alma.

Y vuelve a correr el paladín caminos y conquista y hiere y brilla. Y su ira y dolor le hacen invencible. Pero cuanto más se rinde a sus plantas, mas tristeza hay en su continente y en su mirada.

San Díaz escucha en las noches las aguas del Luna, que le hablan de misterios, de amores, de batallas, de sangres derramadas y perdidas... Ya no clama el caballero su dolor; está cansado. Siguen llegándole noticias de los valerosos hechos de su hijo. Sonríe entonces apenas, orgulloso, pero dolido de lo que él cree su olvido. Mañanas hay aún en que los robles le susurran esperanzas. Se recoge en sus sueños e imagina a Ximena junto a sí y hasta cree sentir su perfume y, en su eterna oscuridad, extiende el brazo, deseoso de tomarla. Pero sólo las paredes, húmedas, ásperas, frías, le devuelven la caricia y le traen mansas lágrimas.

-Es la última vez, rey, que vengo ante ti como vasallo – clama Bernardo en la cima de su fuerza, como señor de un gran ejército-. Si sigues negándome la libertad de mi padre, el próximo amanecer que nos veamos será como enemigos.

El del Carpio, que así es conocido el joven, ha agotado súplicas y palabras. El dolor por la suerte de sus padres se ha hecho hierro candente y la poderosa llamada de su sangre ha borrado juramentos y crianzas. Desesperado, debatiéndose entre dos amores, ha cedido a la debilidad y se enfrenta al rey. Está éste asombrado del desafío, pero en el fondo, contento de tener una disculpa para revocar su orden.

Manda buscar a su hermana y traer a San de Luna. Le llegan nuevas terribles. El buen caballero se ha rendido al dolor y lleva una noche muerto.

-Mi palabra he de mantener. Juré a Bernardo entregar a su padre. Vestid pues su cadáver con ricos atavíos y sentadlo para que reciba a su hijo.

El joven llora su impotencia al conocer el suceso. Recuerda su juramento al finado. "... os uniré con mi madre..."

La iglesia se cubre de fúnebres mantos, se llena de velas, se inunda de cantos. San, muerto, en su trono junto al altar mayor, espera el prometido reencuentro con su esposa. Llega ésta cubierta de velos, ajena a todo lo que no sea el querido cuerpo que la aguarda. Toma asiento junto a él, y el viejo, muy viejo monje, que unió sus vidas hace años, se acerca más pequeño y temblón que nunca. Pregunta a la infanta, ante toda la corte y el pueblo reunidos, si da su venia para la boda. Contesta ella con un sí tan claro que parece joven. Demanda lo mismo a San y la cabeza del muerto se vence hacia delante, en un asentimiento rotundo, que levanta murmullos entre los testigos. Ximena pone su mano sobre la del cadáver, que se le abre fría. Y la bendición de los hombres, pues la de Dios ya la tenían, sella la unión.

Saboread el dolor los que me escucháis, pues sólo eso le es dado al hombre ante los inapelables designios del Señor.